

# 1

El mar le llamaba silenciosamente, y era una llamada insistente y sugestiva: parecía un río de voces y emociones entrelazadas, como si todos los anhelos y todas las palabras de los marinos que en ese momento deambulaban por los muelles o entraban en el café del hotel conformasen un mismo rumor llegando directo al remolino de su corazón.

Pero Benito prefería ignorar los susurros del mar y continuaba olfateando el rastro de la sangre en los terrados, en las aceras, en las losas de los tinglados del puerto, en el viento enrarecido de la tarde, de la noche, de la madrugada, cuando no era extraño oír sonidos de disparos y se sentía flotando entre fragancias de pólvora, absenta y amoníaco. El tiempo se adensaba cuando uno vivía pendiente de todos los asesinatos que se podían cometer en la ciudad, y la vida adquiría una celeridad mareante. Benito estaba cansado, aunque no lo decía, y cuanto más fatigado se encontraba más se evadía soñando con las fuentes del Pacífico. Un delirio que le asaltaba sobre todo cuando se hallaba en el balcón de su cuarto y podía ver la selva de mástiles del puerto y todo el esplendor del cielo. Solía acudir allí al amanecer, cuando la brisa era más fresca, y mientras contemplaba el apacible oscilar de los barcos creía por momentos controlar sus fobias y sus afectos. Desgraciadamente, todas sus estrategias en busca de la paz íntima resultaban vanas y sus frutos espirituales se descomponían

de inmediato en cuanto se encontraba ante la mujer de su hermano.

¿Qué podía decir de Ambrosine?

Sentía hacia ella una pasión sin límites. Con toda seguridad la amaba más que a sí mismo, pero no podía ignorar que arrojarle a ella era lanzarse a un precipicio. ¿Ambrosine representaba la escalera que nunca iba a bajar? ¿Por miedo a su rechazo? ¿Por miedo a Leónidas? ¿Y si en el fondo Ambrosine lo deseaba a él más que a su hermano? Pero mejor no ir por ahí, pensó cuando, recién levantado, se disponía a desayunar en el comedor del hotel Rey del Mundo, junto a la ventana que daba al muelle.

Su hermano Leónidas ya andaba trajinando por el vestíbulo, con sus aires de gran señor. Se consideraba el capitán del barco familiar y había asumido muy en serio el papel de hermano mayor, según le parecía a Benito.

Leónidas se acercó al porche para recibir a un cliente de ultramar y Benito fijó su mirada en Ambrosine, que se hallaba haciendo cuentas sobre el mostrador de la recepción, de espaldas a él.

Ambrosine sumaba, restaba y multiplicaba, a la vez que jugaba con sus pies y sus zapatos, ejecutores de una danza que Benito suponía sólo para él. El pie izquierdo permanecía rígido, sosteniendo todo el cuerpo, y el derecho giraba de forma vibrante a su alrededor. Parecían dos pájaros negros llevando a cabo un baile de apareamiento.

Concluido su desayuno, Benito miró una vez más a Ambrosine, se incorporó y subió a ver a su madre, que se hallaba en ese momento en la terraza de las dos columnas, la más elevada del hotel y a la que no podían acceder los clientes por encontrarse en la zona privada del edificio. Dolores acababa de desayunar y estaba tomando un jerez mientras observaba el muelle con aire ausente.

Sus cabellos, en otro tiempo rubios, conformaban un laborioso moño sobre su cogote, dejando al descubierto su

cueillo de garza, de porte noble, y llevaba un vestido blanco y gris, de apariencia veraniega, que la rejuvenecía.

Dolores apuró la copa de jerez, hizo un gesto de desagrado con la boca y preguntó:

–¿Por qué llevas ese traje?

–No tengo otro.

–¿Y no te dije que te compraras ropa más adecuada para esta época del año? Te la pago yo, si es necesario. No me gusta que vayas a trabajar con el traje que estrenaste cuando enterraron a tu padre. No puedo evitar verlo como un mal presagio... ¡Haz el favor de cambiarte!

–Mañana. Hoy no tengo tiempo –dijo Benito con desprecio antes de salir de la terraza y dirigirse al vestíbulo para despedirse con un gesto de Ambrosine.

Luego salió del hotel, que se hallaba en mitad de la calle Nacional, y se fue caminando hasta la plaza de la Paz, primero por el muelle del Depósito y luego por el de la Muralla. Acababa de llegar a la rambla de Santa Mónica cuando, al mirar hacia atrás, se dio cuenta de que Kuro, su perro, le había estado siguiendo, como era su costumbre. Le ordenó volver al hotel y continuó subiendo por las Ramblas hasta llegar al número 345 de la calle Consejo de Ciento, donde se hallaba la sede del periódico en que trabajaba: un edificio de tres pisos cuyo frontón exhibía con letras pétreas el nombre del rotativo.

Benito llevaba unos minutos sentado ante la mesa de su redacción cuando el cartero depositó en ella una carta urgente que leyó enseguida y que decía:

Querido Benito:

Como ya te indiqué en nuestro encuentro en Barcelona, zarpamos de Marsella a finales de este mismo mes. Nuestra goleta, de nombre *Pacific*, se encuentra en el muelle de la Joliette, frente al anuncio de té El Elefante. Ven cuanto antes, te estamos esperando.

Cordialmente,

Sebastián Bonar

Benito apoyó la cabeza sobre las manos y se quedó pensativo, recordando la tarde en que conoció al capitán Bonar. Su primera entrevista había tenido lugar ocho meses atrás, un día después de que el anarquista Santiago Salvador hiciese estallar una bomba en el teatro del Liceo.

La ciudad aún se hallaba conmocionada y Benito venía de dar un paseo por las Ramblas cuando, ya en el porche del hotel, se fijó en un hombre delgado, severo y de cabellos largos, que llevaba un bastón negro con empuñadura de plata. Acababa de bajar de una berlina y se disponía a pagar al cochero. Tras hacerlo, el hombre miró la insignia del hotel, se acercó a Benito y dijo:

–¿Aquí vivía Jean Caval?

Benito asintió. El hombre le miró con fijeza y preguntó:

–¿Con quién estoy hablando?

–Con Benito Caval, su hijo.

–Ya me parecía a mí. Me recuerdas a él.

Benito miró mejor al forastero y pensó que se hallaba ante un hombre de mundo, de aspecto aseado y de una soltura en los gestos que se oponía, de forma melodramática, a la severidad de su mirada, de un azul engañosamente transparente.

–Soy el capitán Sebastián Bonar y tengo mi goleta esperando en el puerto de Marsella –dijo finalmente–. ¿No me vas a dar un abrazo?

Benito lo abrazó lleno de nerviosismo. Le habían dicho que Sebastián Bonar, hermano pequeño del mejor amigo que había tenido su padre, era marino y frecuentaba el Mediterráneo, pero nada más sabía de él.

–¿Podré saludar a tus familiares?

Benito le susurró al capitán que no le parecía prudente que lo hiciera. Le aseguró que su madre odiaba a los Bonar y que hacía culpable a John Bonar de todos los extravíos de su difunto marido.

–En ese caso dejemos las presentaciones para otro día y vayamos a tomar una copa al café de Las Siete Puertas, donde me están esperando mi cocinero y mi piloto.

–De acuerdo –dijo Benito.

Ya habían dejado atrás el hotel cuando, en tono confidencial, el capitán le preguntó a Benito si su padre no le había hablado nunca de las fuentes del Pacífico.

–Mi padre –dijo él– nunca habló con claridad de las fuentes, ni siquiera a su familia. Sabíamos que había estado allí por sus pesadillas.

–¿Y te habló alguna vez de Kaolai?

–Sólo en una ocasión. Fue la noche de fin de año de 1891, unos meses antes de su muerte. Mi padre había abusado del alcohol, y me estuvo hablando de una isla llamada Kaolai, que desde el mar parece una roca pintada y en cuyo interior se albergan las fuentes del Pacífico.

–¿Te dijo algo del viaje en sí?

–Algo dijo, pero de naturaleza anecdótica e insignificante. Al menos con nosotros, mi padre rara vez conquistó el arte de la afabilidad. Tenía otros problemas.

–Tampoco John dio demasiadas luces sobre su viaje a Kaolai.

–Pero en el caso de su hermano ese silencio no tenía por qué herir tanto como a nosotros nos hería el de mi padre. No olvide que cuando se fue a Manila yo acababa de cumplir los cinco años y que regresó cuando ya tenía quince...

–John me habló alguna vez del reencuentro con tu padre en Manila. En aquella época mi hermano John llevaba dos años en Filipinas, trabajando como explorador para el ejército español, y le fascinaba la historia de la navegación. Cuando le propuso a Jean viajar al corazón del Pacífico era ya un experto en el manejo de pequeñas embarcaciones.

El aire se había espesado y llegaban ráfagas de hollín y de un polvo de olor a malta fermentada. Tras las ventanas de los tinglados centelleaban luces azules y los buques vomitaban personas y mercancías, tan mezcladas las unas con las otras que parecían conformar una misma conglomeración de sombras, materializándose y disipándose a intervalos regulares.

Seguían caminando cuando Benito oyó al capitán decir:

–Pobre John... Mientras vivió, nunca le presté demasiada atención las pocas veces que me habló de las fuentes del Pa-

cífico. Pero tras su fallecimiento empecé a obsesionarme como si, ya muerta su voz, sus razones me llegasen de forma más penetrante, hasta el fondo del cerebro y hasta el centro del corazón. Ahora creo que John decía la verdad y voy a seguir sus pasos. ¿Te gustaría acompañarme?

—No lo sé, capitán. Por consejo de mi padre, que quería que conociese las emociones y los sufrimientos del mar, trabajé dos veranos en los mercantes que van y vienen de Mallorca, antes y después de obtener mi licencia universitaria. Tengo mi experiencia, pero no sé si la suficiente.

—No importa, llevo conmigo marinos expertos. Queremos partir a principios del verano que viene. Antes he de hacer un viaje a Turquía para la empresa que todavía me contrata, y con el que pienso obtener el dinero que aún me falta para emprender la travesía.

Benito sintió un calor repentino. Imaginó a su familia echándole en falta mientras él se perdía por el rey de los océanos. ¿Echándome en falta a mí? ¡Qué estupidez! No se suele echar en falta al imbécil de la familia, por lo menos no tanto como a otros miembros, pensó.

Según avanzaban, la noche rugía, ardía, y los pasadizos que iban a desembocar a los muelles parecían frecuentados por hombres sin rostro. Oleadas de ceniza volvían a llegar desde las fábricas cuando se detuvieron en un muelle lleno de barcos pesqueros. Las redes cubrían las losas y una luz casi prodigiosa surgía de una taberna. Más a la izquierda, los buques se iban sucediendo en filas, a lo largo de todo el muelle de la Muralla.

El capitán se detuvo unos instantes y preguntó a Benito a qué se dedicaba.

—Soy cronista de sucesos del periódico *El Diluvio* —contestó él.

—Un oficio muy duro, supongo. ¿Sabes algo de la bomba que estalló ayer en el Liceo? La gente no habla de otra cosa.

—Está usted ante la persona más adecuada para responder a esa pregunta. Yo estaba en el teatro cuando se produjo la explosión.

—¿De verdad?

—Sí, capitán, sí. Me hallaba en un palco con el director de mi periódico y toda su familia...

—¿Qué estaban representando?

—Curiosamente *Guillermo Tell*. Quizá el responsable de los veintidós muertos se creía un nuevo Guillermo Tell y confundió las cabezas de los espectadores del patio de butacas con manzanas suizas. Ocurrió cuando más entusiasmados estábamos con la tiple. De pronto, en medio de los aplausos, en medio del júbilo, la explosión. No puede usted imaginar el espanto. Era como pasar en menos de un segundo del cielo al infierno de Dante. A la sensación de estar pringado de heces y sangre se unió la sensación de asfixia. Y cuando, tras haber atravesado un túnel de humo y de cuerpos, alcancé la calle, pensé en la posibilidad de abandonar por algún tiempo Barcelona, se lo digo de verdad.

—Pues bien, muchacho, yo te ofrezco la oportunidad de olvidar por un tiempo esta ciudad y sus espectáculos sangrientos y respirar a pleno pulmón el aire del Pacífico. ¿Te gustaría hacer el relato de nuestro viaje?

—¿Y por qué no?

—En ese caso no hablemos más.

Benito volvió a mirar al capitán y dijo:

—Si es verdad que tiene la intención de viajar hasta las fuentes, ¿puedo saber por qué ha tardado tanto tiempo en buscarme?

Bonar se encogió de hombros y exclamó:

—Te he buscado cuando te tenía que buscar, Benito. Por mi hermano sabía que tu padre había fallecido y que dejaba dos hijos... Por cierto, ¿y tu hermano?

—Murió el año pasado víctima de la tuberculosis —contestó, haciendo uso de la capacidad para la mentira que le había dado el periodismo.

—Agradece, muchacho, no estar como él y piensa que este encuentro es tan hijo de la casualidad como del destino. Te hablaré con sinceridad: en principio no me había planteado ningún viaje a Barcelona, y menos en este momento. Vine

para cobrar el dinero que me debía desde hace años un armero barcelonés. Ya aquí, pensé en tu padre y decidí acercarme al hotel. ¿Tenía que haber obrado de otra manera? ¿De qué manera?

Casualidad y destino... A Benito le conmovió la forma en que el capitán le colocaba ante dos ideas opuestas de concebir la vida y que sólo a veces se juntaban. La dimensión de la casualidad, donde los hechos ocurrían por azar, y la dimensión del destino, donde los hechos ocurrían por necesidad. Si hacía memoria, prácticamente nada de cuanto le había ocurrido en la vida le parecía relacionado con el destino y sólo lo podía relacionar con el azar. ¿También mi pasión por Ambroisine?, se preguntó cuando ya se hallaban muy cerca del café. Antes de entrar en el establecimiento, el capitán musitó:

–El cocinero es mudo. ¿Conoces el lenguaje de las manos?

Benito asintió y le explicó a Bonar que el año anterior había escrito una crónica sobre un asesinato entre sordomudos y que había pasado más de tres meses familiarizándose con su lenguaje.

–Entonces podrás entender a Castello muy bien. Por lo demás, el oído le funciona perfectamente –dijo Bonar.

Entraron en el café, a esa hora lleno de viajeros procedentes de la estación de ferrocarril y de la marítima. No lejos de la puerta, aguardaban dos individuos de muy diferente anatomía que sonrieron al ver al capitán. Tenían junto a ellos el equipaje de Bonar y daba la impresión de que, fuera del barco, hacían de mayordomos de su capitán. El primero en ser presentado era moreno y fibroso y exhibía una sonrisa burlona a la que uno tardaba en acostumbrarse. Se llamaba Timoteo Monforte, aunque el capitán le llamaba Tim; había nacido en Brasil, de padres gallegos, y vestía como un dandi de feria: levita negra, pantalones a cuadros negros y grises, bombín y un bastón de bambú y ámbar. Se trataba del timonel. El otro era largo y delgado, de aire triston y manso y grandes ojos melancólicos. Tenía la lengua rota y se llamaba Manuel Castello, según le dijo a Benito moviendo sus manos con cadencia y tranquilidad.